EL SENTIMIENTO DEL RELATO

(PEDRO URIS, 2001)

Aunque éste no era su verdadero nombre, todos la conocían como Julia. Un nombre que había adoptado muchos años atrás, cuando eligió la opción profesional que finalmente sustentaría su vida, y que con el tiempo se había convertido en el único para todas, o casi todas, las personas que había conocido a partir de entonces. Sólo los familiares que le quedaban vivos, algunos amigos de la juventud, y un par de hombres, que creyó serían para siempre, sabían su verdadero nombre. En todos los casos y por diferentes motivos se trataba de personas que quedaban muy lejos y a las que raramente volvería a ver. Todos la conocían, pues, como Julia, incluso ese desconocido que, tras pedirle permiso cortésmente, se había sentado frente a ella en la mesa que ocupaba en una cafetería de las afueras de la ciudad.

Era un hombre algo más joven que ella, no mucho, cuyo aspecto, el bronceado de su piel, la manicura de sus manos o el corte de su traje, no encajaba con la modestia de aquel lugar. Ni con la chapa de formica que vestía la mesa que les separaba, ni con la geometría barata de las fincas que podían ver a través de la ventana, ni con las siluetas que a esa hora, unos minutos para las nueve de la noche, cruzaban entre furtivas y apresuradas en dirección a sus domicilios. Su primera reacción cuando aquel desconocido, que había entrado al poco de hacerlo ella y ya le había dirigido alguna mirada, se levantó y fue hacia ella disponiendo en sus movimientos de la seguridad que proporciona el saberse varios peldaños por encima de sus compañeros de bar, fue de una imposible coquetería femenina, como si aquel hombre pudiera estar interesado en obtener sus favores sexuales. Ni por su mundo, ella también pertenecía a la geometría miserable de aquel lugar, ni por su aspecto, un físico que siempre había dependido demasiado del favor de los demás, ni lo que era más importante, por su edad, ya rondaba los cincuenta años, tenía nada que ofrecerle. En el minuto escaso que el desconocido empleó en llegar hasta ella y solicitar su permiso para acompañarla, Julia

trató de encontrar una razón que justificara el interés de aquel hombre al que estaba segura de no haber visto nunca. No fue capaz de hallarla y, desde luego, tampoco fue consciente de que, por primera vez en muchos años, tal vez por primera vez en su vida, iba a encontrarse al otro lado del escenario que había ocupado hasta entonces.

Julia vivía de contar los relatos que otros habían escrito. No era una ocupación que hubiera elegido de manera consciente, inicialmente sólo fue una actividad ocasional con la que tapar los huecos que dejaba en su economía una pretendida carrera de actriz que lentamente declinó hacia la nada, aunque con el tiempo, sin que fuera capaz de fijar una fecha precisa para ello, se convirtió en una dedicación exclusiva que había facilitado su sustento material durante muchos años, tantos que ya parecían toda una vida. Años en los que siempre había recitado las palabras de otros, unas historias que no eran suyas pero a las que había tratado, al menos al principio, de dotar de un aliento personal a través de la cadencia de su voz y la luz de su mirada. De este modo, Julia había tratado de revelar a su auditorio el sentimiento que guardaban los relatos que llevaba en su repertorio, unas veces con más entusiasmo que otras, eso dependía del momento que atravesara su vida y también de las vibraciones que sintiera desde el público. Unas veces desgarrando su propio corazón y otras disponiendo sabiamente de las inflexiones que el oficio adquirido a lo largo de muchos años dictaba de manera casi automática a sus labios y sus ojos. Muchos años, muchos relatos, muchos sentimientos, tal vez demasiados para ser capaz de sentirlos una vez más.

Esa noche tenía contratada, para dentro de media hora, una actuación en los locales de una asociación de vecinos. Un breve preámbulo de carácter cultural para abrir una noche de pequeñas celebraciones, un parque finalmente adjudicado al barrio, que incluía cena y baile, actos a los que estaba invitada y que, al menos en lo que se refería al primero de ellos, no iba a desaprovechar pues su economía, nunca demasiado

boyante, andaba un tanto por los suelos en los últimos tiempos a causa de un lento pero constante descenso en el número y la retribución de los contratos que obtenía, un hecho que ella sospechaba directamente relacionado con su declive físico.

El desconocido se deslizó en la silla que había al otro lado de la pequeña mesa que ocupaba Julia y, tras disculpar su conducta, le ofreció un tipo de tabaco que ella no conocía.

— Tu nombre es Julia y trabajas como cuentacuentos, afirmó más que preguntó mientras devolvía la pitillera dorada a uno de los bolsillos de su chaqueta.

Julia asintió mientras buscaba tras la llama que mantenía el desconocido algún rasgo, algún gesto, que le acercara a la identidad de aquel hombre.

— No intentes recordarme, tú no me conoces. Solamente hemos coincidido una vez y de eso ya hace más de veinte años, veintiuno la primavera que viene, yo estaba entre el público y tu contabas uno de tus relatos. El local donde nos cruzamos se encuentra en esta misma ciudad pero está muy lejos de aquí y además ya no existe. Un viejo cine que un grupo de soñadores había okupado para convertirlo en un centro de cultura alternativa.

— ¿Cómo recuerdas eso?, preguntó Julia.

— Entonces yo era alguien muy distinto del que soy ahora, continuó el desconocido sin hacer aparentemente caso de la pregunta, no sólo era más joven sino que también vivía de otra manera. Le había dado la espalda al mundo al que pertenecía y no le concedía ninguna importancia a la palabra futuro. Andaba enredado en movidas marginales y estaba dejando de lado una carrera académica muy prometedora. Y la causa de mi conducta no era ninguna convicción ideológica irrenunciable, al menos no de una manera significativa. Era algo más simple que todo eso, una chica que me tenía

cogidos los huevos y el corazón. Ella sí que se creía todo aquello y además estaba perdidamente enamorada de mí. Los dos lo estábamos, éramos una pareja de ésas que no pueden romperse jamás.

El desconocido hizo una pequeña pausa, como si las imágenes de aquel tiempo todavía pudieran rayar el brillo de la pitillera que había guardado en uno de los bolsillos de su chaqueta.

— Aquella noche, la noche en que coincidimos tú y yo, el colectivo había preparado unas actividades de cara al barrio para ganarse su confianza ante las previsibles medidas de desalojo que se avecinaban. Una de esas actividades era una especie de maratón de relatos a cargo de diversos profesionales, doce horas ininterrumpidas que permitían incorporarse en cualquier momento al espectáculo.

— ¿Estabas tú entre el público?

— Al principio no, esa noche andaba realmente inquieto. Hacía unos días que había recibido la admisión para un master en los Estados Unidos y se me estaba acabando el tiempo para tomar una decisión. Estaba fumando un cigarrillo en la calle mientras le daba vueltas a la cabeza cuando, al pasar junto a una de las ventanas del local, escuché tu voz. Contabas la historia de un hombre que había abandonado su mundo para buscar una respuesta que le revelara su propio pasado. Una carta que le había escrito un antiguo colega antes de morir le había conducido hasta otra ciudad, hasta un bar nocturno que parecía encontrarse fuera del tiempo. Allí sólo tenía que esperar, una noche, tal vez mañana, tal vez dentro de unos meses, o tal vez nunca, la respuesta que estaba buscando entraría por la puerta de ese local. ¿Recuerdas ese cuento?

— Hace mucho tiempo que ya no lo llevo conmigo.

— Durante la espera conocía a unos tipos que también quemaban sus horas en ese local y tampoco parecían ser de este mundo. Personajes que trataban de encontrar respuestas para las grandes preguntas del ser humano. La dignidad, la justicia, la existencia y toda esa mierda.

— En ese cuento también había una mujer.

— Una mujer que tiraba del protagonista hacia un túnel del que no se sabía el final. Fue ella la que me hizo comprender que ese cuento estaba hablando de mí. Entonces entré en el local y escuché el final de tu relato desde uno de los laterales de la sala. Ahora puede parecer extraño, incluso ridículo, pero en aquel momento estaba convencido de que ese relato me iba a mostrar el camino que debía elegir.

— ¿Lo hizo?

— Siempre he pensado que así fue. En cualquier caso, mi vida cambió a partir de aquella noche.

— Pero ese cuento es una apuesta por la dignidad. El hombre quedaba atrapado para siempre en aquel local.

El desconocido sonrió, consciente de que su aspecto no era el de alguien que hubiera sacrificado nada por mantener la dignidad personal.

— Aquella noche lograste hechizarnos con el sentimiento que animaba el relato. Era algo que iba más allá de las propias palabras del cuento. Tal vez se debiera a la emoción que delataba tu voz o al calor de la mirada que paseabas cómplice entre el público. Tal vez fuera el propio espacio físico, el mundo real que acogía el universo imaginario del cuento, un lugar y unas personas que recordaban a los perdedores de tu relato. Lo cierto es que entre las sillas caminaba un sentimiento que pretendía atraparte

el alma, un sentimiento que tiraba de nosotros hacia ese otro túnel sin final que significaban aquel local okupado y aquellos ideales.

— No se trataba sólo de ideales, insistió Julia, en el cuento también había una mujer.

— Ése era el cebo que tiraba el relato, el mismo que yo estaba a punto de morder en la vida. Una mujer resulta mucho más difícil de abandonar que cualquiera de nuestros ideales, pero en el fondo se trataba de lo mismo, creer que la belleza de un instante es para siempre. Ésa era la trampa. Casi podía ver como ese sentimiento se acercaba hacia mí desplegando sus falsas promesas. La soledad, la muerte y el fracaso sólo resultan bellos en las páginas de un libro, no en el mundo real. Lo mismo sucedía con el futuro que me proponía el relato que tú habías contado, era válido para soñarlo pero nunca para vivirlo. Mientras los espectadores aplaudían emocionados me retiré discretamente y salí a la calle. Tenía que alejarme antes de que ese sentimiento me atrapara.

El desconocido volvió a hacer una pausa y, por unos instantes, Julia creyó ver en su mirada un reflejo del hombre que fue en otro tiempo.

— Al día siguiente le dije a mis padres que deseaba adelantar mi partida para los Estados Unidos. Debieron pensar que era una oportunidad que no podían desaprovechar y cuando me di cuenta ya estaba en el avión. No regresé hasta el año siguiente.

— ¿Nunca volviste a ver a esa mujer?

— Sólo una vez, varios años más tarde, cuando ya había conseguido buena parte de las metas que la vida me tenía reservadas. Una de las empresas del grupo compró el solar en que se encontraba ese viejo cine abandonado para levantar en su lugar un

pequeño centro comercial. El azar de los negocios quiso que el día que procedieron a derribarlo me encontrara presente.

— ¿Tampoco habías vuelto allí?

— Ese lugar ya no tenía ninguna importancia para mí. En más de una ocasión había visitado esa zona y estoy seguro de haber pasado frente a su fachada, pero no sería capaz de concretar ninguno de esos momentos.

— ¿Por qué esa vez fue diferente?

— Esa vez iba a encontrar una compañía que no me esperaba. Cuando la bola de hierro de la máquina de demolición abrió un boquete en la fachada de aquel viejo cine, yo me encontraba de espaldas, tratando de atender una llamada en el móvil, pero, a pesar de ello, sentí su presencia.

— ¿De qué presencia estás hablando?

— El sentimiento de aquel relato había escapado de su cautiverio y venía a por mí.

Julia era consciente del delirio que lentamente les estaba cercando, ella misma había sido capaz de crear similares espacios en algunas de sus actuaciones, pero nunca, al menos que ella recordara, lo había vivido como espectadora, y mucho menos en forma de confesión sobre una vida que existiera fuera de los relatos.

— Cuando logré abandonar aquel lugar ya era tarde, continuó el desconocido, aquel relato me había atrapado y ahora lo llevaba conmigo.

— ¿Después de tantos años, dudabas del camino que habías elegido?

— Era algo más que eso, se trataba de una sensación de desaliento respecto de las claves de mi mundo. Las cifras de mi cuenta corriente, el espacio de mi hogar, los

nombres de mi agenda personal o los cuerpos de mis amantes, todas las cosas en las que había empeñado mi vida, parecían carecer de valor. Supe entonces que la única forma de vencer a ese sentimiento era enfrentarme a él y probar su falsedad. Contraté a un detective para que encontrara a la mujer de la que estuve enamorado convencido de que su propio presente disolvería cualquier nostalgia del pasado, pero estaba equivocado.

— ¿Todavía quedaba algo del amor de entonces?

— Sigues viviendo dentro de tus relatos, respondió el hombre a modo de negativa, la vida real es distinta. Ella se había mudado a otra ciudad y ahora trabajaba en una gran superficie comercial. Pasé por su caja sin que me reconociera y más tarde la seguí hasta su domicilio, un pequeño piso de las afueras, parecido a esos que puedes ver a través de las cristaleras. Ya no quedaba nada de la chica de entonces, ni su cuerpo ni sus sueños. Sin embargo, la constatación del fracaso de ese amor que un día creí para siempre no alejó el sentimiento que me atormentaba. No se trataba de la mujer sino del relato y eso era más difícil de encontrar. Lo he estado buscando desde entonces sin resultado.

— ¿Y durante todos estos años has vivido con un sentimiento que rechazabas?

— Al principio me resultó difícil, cuando me empeñaba en borrarlo para recuperar la confianza en el mundo en que vivía. Pero poco a poco me acostumbré a vivir con esa sombra que sólo yo conocía y la búsqueda del relato que debía destruir se convirtió en un gesto cotidiano desprovisto de significado. Consulté con diversos expertos en literatura para obtener el nombre de su autor, pero ninguno de ellos fue capaz de localizar ese cuento con los datos que yo le proporcionaba.

— ¿Para qué querías conocer el nombre del autor?

— Para averiguar el lugar que ocupaba ahora en el mundo y comprobar el fracaso de los sentimientos que había prendido en su relato, igual que había hecho con la mujer. Cuando su identificación se me reveló definitivamente imposible comprendí que debía buscar a la única persona que estaba seguro conocía su identidad.

El desconocido se inclinó levemente hacia Julia como si tratara de cerrar un pequeño círculo de intimidad entre ambos.

— Esa persona eras tú, pero yo ni siquiera sabía tu nombre. Sólo tenía una fecha, la noche que escuché tu relato, y la posibilidad de reconocer tu rostro. Con esos datos, una agencia de detectives ha tratado de localizarte durante varios años. De tiempo en tiempo recibía un informe con la foto de una mujer pero nunca era la que estaba buscando. Con los años se convirtió en una pequeña rutina más, el seguro del coche, la comisión anual de la tarjeta de crédito y el recibo trimestral de la agencia de detectives. Gestos que sirven para mantener la seguridad de tu mundo, pero de los que no esperas ningún hecho concreto. Hasta que hace unos días recibí un informe con una foto tuya.

— ¿Por eso estás aquí?

— He preguntado por ti en la asociación de vecinos donde actúas esta noche. Me han dicho que te estaban esperando, luego te he visto entrar en este bar. ¿Escribiste tú ese relato?

— No, yo sólo los cuento. Ese relato jamás se publicó, lo escribió un amigo para mí, por eso no lo encontraron tus expertos.

— ¿Cómo puedo encontrar a ese amigo tuyo?

— No puedes, nadie sabe dónde está y muy probablemente nadie lo sabrá nunca.

— ¿Qué quieres decir?

— Era un chico argentino que conocí en Madrid cuando yo andaba estudiando Arte Dramático. Estuvo aquí un año y luego regresó a su país. Me escribió algunas veces contándome de su vida y de la obra de teatro que estaba preparando, incluso me animaba a irme para allí con la promesa de uno de los papeles protagonistas. Yo lo hubiera hecho porque andaba un poco colgada de él y además las cosas no me iban muy bien por aquí, pero no tuve ocasión. Lo detuvieron a los pocos días del golpe militar y nunca volvimos a verlo. El también fracasó y sólo es un nombre más en la larga lista de desaparecidos. Ahora yacerá en algún lugar del fondo del mar o del fondo de la tierra, una muerte solitaria y sin gloria. ¿Es eso lo que querías saber? ¿Crees que de esa manera te librarás de ese sentimiento?

El hombre no contestó a esa pregunta y permaneció en silencio, como si se encontrara a solas en aquel local, y sólo al ver que Julia se disponía a marcharse, deslizó en la mesa un sobre que guardaba en uno de sus bolsillos.

— Es para ti.

Mientras se ponía el abrigo, Julia pensó si debía coger aquel sobre que contenía la paga por su información o si, como sucedía en las historias que llevaba consigo, debía rechazarlo dibujando un gesto de dignidad en aquel escenario miserable. Una alternativa que resolvió pronto atendiendo a sus necesidades inmediatas y sin tener en cuenta los imperativos del relato. Julia guardó el dinero en su bolso y salió a la calle sin volver a mirar a aquel hombre. Los locales de la asociación de vecinos que le había contratado se encontraban a unos minutos de allí pero debía darse prisa porque ya había rebasado el horario de su actuación.

Caminó entre la noche llevando consigo las palabras y los sentimientos que otros habían soñado. Sentimientos de solidaridad y de dignidad que siempre habían estado con ella. ¿Estaría en esa carga la causa del fracaso de su vida? ¿Tendría razón aquel

desconocido y los relatos sólo sirvieran para dar a luz una estirpe de perdedores? Julia tuvo poco tiempo para reflexionar sobre estas cuestiones porque su paso era rápido y pronto se encontró ante el público de esa noche.

Personas a las que no conocía y que esperaban de ella la emoción de sus historias, personas que probablemente nunca tendrían las cifras, las amistades o las amantes del hombre que había dejado en el bar, pero que, en muchos casos, serían capaces de mantener la dignidad durante el resto de su vida. Como el amigo que perdió en Argentina o la mujer que el hombre había encontrado en la caja de un supermercado. La recompensa no era el éxito sino momentos como esa noche. Momentos sin música ni aplausos que no reconocería más que ella.

Julia se aproximó a la gente y, antes de comenzar su relato, trató de reunir en sus ojos y su voz la emoción de la primera vez, porque esa noche no iba a ser como las otras. Por una vez no iba a disponer de las palabras de los demás, ahora tenía una historia propia que contar, un sentimiento que compartir.

— Aunque éste no era su verdadero nombre, comenzó con voz emocionada, todos la conocían como Julia. Un nombre que había adoptado muchos años atrás, cuando eligió la opción profesional que finalmente sustentaría su vida, y que con el tiempo se había convertido en el único para todas, o casi todas, las personas que había conocido a partir de entonces...